

nó y consoló a su madre y a su hermanastro en momentos de grave apuro para ellos. Tal fue la contrición de ambos por las injurias que a sabiendas cometieron en el pasado que, ante la acogida cariñosa de Marina y su constante indulgencia y obsequios, ambos “madre e hijo se hicieron cristianos” (100). Cabría recordar aquí que a “esa extraordinaria mujer de temple viril” (109), como Bernal Díaz llamó a doña Marina en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, aún hoy se la conoce con el nombre de “la Malinche”<sup>2</sup>.

La plenitud espiritual en su más acabada transformación cristiana se encarna en Cristobalito, niño de trece años y ferviente converso del último relato de Vallbona titulado “Réquiem por Cristobalito, el primer niño cristiano, mártir de la idolatría en Tlaxcala” y quien, en sus acciones y sacrificios, perpetuará la excelsitud redentora de Cristo.

Del anhelo por privilegiar el pasado azteca da cuenta una excelente colección de pictogramas antiguos, sugerentes del motivo temático de cada relato, o bien justificados por una abstracción pictórica. Sin embargo, en tres de los veinte pictogramas se observa la sensibilidad creadora del artista, por ejemplo, al destacar la hermosura de doña Marina –La Malinche– que posa a la derecha de Cortés. Ineludible también es su presencia gentil que bajo el título *Tlaxcallan* aparece en el quinto relato.

NÉLIDA NORRIS  
*Instituto Literario y Cultural Hispano*

Vallbona, Rima de. *Voces olvidadas de la mujer Azteca. Su rescate en códices indígenas, crónicas y memoriales coloniales*. New York: Academia Norteamericana de la Lengua Española, 2015. ISBN: 978-0-9903455-2-7.

Esta nueva obra de Rima de Vallbona representa una intensa labor de investigación basada en las crónicas de conquistadores

<sup>2</sup> En la nota 7 de la extensa Introducción, Rima de Vallbona comenta: “Persiste la costumbre equivocada de llamar a doña Marina “la Malinche”, cuando en realidad este apelativo, que significa en náhuatl “Dueño de la Marina” se le daba a Cortés. A ella se le aplicaba el nombre de “Malintzin”, que significa “Venerable Marina” (Díaz del Castillo: 120 y Solís: 65). (27).

y frailes españoles, en los pictogramas o pictoglifos presentes en las láminas de los códices indígenas, en memoriales, anécdotas y otras fuentes de información. La obra examina detenidamente el universo femenino indígena del Nuevo Mundo, evaluando la información contenida en estos documentos y teniendo en cuenta nuevos conceptos promulgados por la antropología contemporánea (205).

Como el título lo indica, esta es una obra de recuperación de voces indígenas femeninas del pasado que Vallbona hace surgir mediante el descubrimiento de un mundo atrapado entre detalles ignorados o mal interpretados. Los valores y patrones culturales europeos prevalentes durante la época del descubrimiento, exploración y conquista del Nuevo Mundo fueron el medio a través del cual los investigadores del pasado interpretaron el mundo indígena. Vallbona descubre y se propone revelar el papel significativo de la mujer en el desarrollo de las civilizaciones indígenas tolteca, nahua y otras culturas de diversas regiones de México, ofreciendo además algunos hechos de los indígenas de la América Central y la América del Sur.

En el transcurso de la obra, Vallbona discute muchos aspectos fundamentales de estas culturas indígenas, incluyendo el rol de la mujer en el campo de las estrategias políticas y en la adquisición de nuevos territorios, así como también los rituales religiosos y otros aspectos culturales en que participaban igualmente hombres y mujeres.

A través de su búsqueda de nuevos derroteros para esclarecer conceptos expuestos en las crónicas y documentos del pasado, la escritora trae a colación numerosos ejemplos concretos que ponen en evidencia las contribuciones de las mujeres indígenas a su sociedad. En cuanto al resultado de su función de intermediarias en las relaciones inter-étnicas y el fortalecimiento de su cultura, Vallbona demuestra, por ejemplo, que fue por medio de matrimonios con mujeres toltecas que los aztecas lograron establecer su linaje noble y comenzaron a asentar la historia dinástica de los mexicanos (340). La boda de la princesa Azcatlxóchitzin o Azaxúchil, hija del príncipe Pochótl y nieta del último rey tolteca, con Nopaltzin, príncipe chichimeca, dio origen a la fusión de los linajes tolteca, chichimeca y acolhua (339). El papel que desempeñaba la mujer en estas alianzas era de extrema importancia para la preservación de su pueblo y de su cultura. A través de ellas no sólo se lograban valiosas conexiones étnicas sino también, en muchos casos, se llevaba a cabo la adquisición de nuevas tierras y señoríos (339). Alianzas de esta índole constituían también un método

eficaz para ayudar a doblegar a los pueblos que deseaban conquistar (60) y más aún se utilizaban para apaciguar a los enemigos. Por eso no sorprende que Moctezuma Xocoyotzin ofreciera a Hernán Cortés una de sus hijas diciéndole, “os quiero dar una hija mía muy hermosa para que os caséis con ella y [...] la tengáis por vuestra legítima mujer” (53). A veces estas mujeres de alcurnia llevaban consigo dotes de mucho valor y territorios extensos. (59) En todos estos casos las mujeres tenían consciencia de su valor intrínseco y no se consideraban como simples objetos de intercambio (50) ya fueran esposas, concubinas o simplemente compañeras. Era un honor para ellas contribuir de esta manera al bienestar de los suyos.

Otra ocurrencia que ayuda a comprender que en el mundo indígena la mujer asumía ciertas responsabilidades que le otorgaban importancia y valor era su trabajo y presencia prevalente en los tianguetz o mercados indígenas. Se observa esto en los antiguos chorotegas (79), cuya cultura se extendió hasta los territorios del norte de Costa Rica y aún hoy en día se observa esta práctica en los tianguetz de Tehuantepec, donde es raro “encontrar a un hombre del lugar” (79).

Tradicionalmente el tianguetz pertenecía a las mujeres. Ellas hacían todo el comercio allí. Vendían oro, mantas, maíz, productos de carne de cacería, esclavos y otros productos. Además, ellas desempeñaban cargos administrativos en compañía de los hombres: vigilaban que los precios fueran justos, supervisaban la producción de provisiones de guerra, asignaban tributos y administraban el control de algunas tareas productivas de las mujeres (398).

Dadas las contribuciones de las mujeres a la supervivencia de su pueblo en las sociedades indígenas, el advenimiento de una hija era ocasión de regocijo. Las niñas eran tan valiosas como futuro capital humano como los hijos varones (327).

Aunque en las crónicas y otros documentos del pasado persiste la idea de que las mujeres indígenas vivían subyugadas a un régimen estrictamente patriarcal, los estudios etnográficos contemporáneos revelan que en la época precolombina existía un paralelismo genérico en el mundo indígena especialmente en la civilización azteca. Ambos, el hombre y la mujer, ejercían funciones complementarias de igual valor; el dar a luz, por ejemplo, era equivalente a una actividad guerrera (104). En el momento del nacimiento, la partera daba gritos como de guerra, anunciando que la madre, haciendo las veces de guerrero, había liberado un cautivo (355). Asimismo existía un paralelismo entre

la mujer que moría en el primer parto, quien iba directamente a la casa del sol, y el guerrero que moría en el campo de batalla que recibía la recompensa máxima en el más allá (304 y 351).

Muchas de las responsabilidades de las mujeres tenían un equivalente masculino (205), inclusive las tareas domésticas, que como es de esperar pertenecían al ámbito femenino. Entre los nahuas la escoba era un arma de defensa y ofensa contra el desorden, porque el barrer era un acto sagrado de purificación del ambiente. Eliminaba la suciedad que, según los aztecas, engendraba el desorden que ellos percibían como caos, según les indicaba su cosmogonía. (205). Tal era la devoción al acto de barrer que cuando nacía una niña le ponían en sus manos la escoba “para indicar que su deber era el conservar la limpieza necesaria para el mantenimiento del cosmos-casa” (206). Los frailes franciscanos contemplaban este acto con mucha desconfianza y creían que el barrer era un ritual idolátrico; sin embargo, tuvieron que tolerarlo aun en los lugares públicos (206).

Desafortunadamente, el paralelismo genérico auto-independiente fue destruido tanto para los aztecas como para los incas con el advenimiento del énfasis en la expansión de los imperios. Debido a la ambición de poseer extensos territorios, la participación en las empresas bélicas llegó a ser la ocupación más preciada y de mayor respeto, así las mujeres, a quienes usualmente no se les permitía participar en las guerras, perdieron su estatus social. Asimismo, el contacto con los invasores causó que el sistema igualitario indígena se volviera patriarcal, dándole al hombre más autoridad en asuntos de importancia política y social (209). Así, el sistema español que se impuso durante la colonia dio fin a la autonomía de que disfrutaban las mujeres (116).

A pesar de esto se sabe que hubo guerreras que se distinguieron en defensa de sus tierras y su grupo cuyas imágenes quedaron grabadas en el Códice Florentino, diseñadas en los dibujos y las pinturas de los tlacuilos, pintores e ilustradores de los códices indígenas. Una de las guerreras más reconocidas fue Malintzin o Doña Marina, la traductora de Cortés a quien se le otorgaron los pueblos de Olutla y de Jaltiplán no solamente por haber servido de “lengua”, sino por sus méritos de guerra (411). Además de Malintzin, las investigaciones de Vallbona revelan que un gran número de mujeres participaron en campañas bélicas durante las encarnizadas batallas contra los españoles, por ejemplo, las mujeres de los tlatelolcas “batallaron contra el invasor, se arremangaron las faldas [y] se las levantaron todas para

perseguir duro a los enemigos” (419-420). Durante la sangrienta batalla de la “Noche Triste” perecieron muchas mujeres, sobre todo las tlaxcaltecas que acompañaban a las fuerzas españolas. Entre las pocas que sobrevivieron estaban Malitzin y doña Luisa, hija de Xicoténcatl, que estaba casada con Pedro de Alvarado (420).

Como puede verse, la participación de las mujeres en las guerras fue significativa; sin embargo, muchos de sus nombres han quedado perdidos u olvidados en los anales de la historia. Una consecuencia de la expansión de los territorios imperiales fue la fundación de grandes centros urbanos en los cuales surgieron una gran cantidad de deidades femeninas y masculinas. Entre las femeninas se encuentra la diosa Xochiquetzal, la esposa del dios Tlaloc, a quien Tezcatlipuca robó y “convirtió en diosa del bien querer” (281). Los nativos celebraban grandes festividades en su honor, así como lo hacían por otras deidades. Otra diosa festejada era Civacoatl o Cihuacoatl (mujer serpiente) también llamada Tonantzin, a quien los aztecas llamaban “nuestra madre y señora” (285), la primera diosa de la creación y por quien el pecado entró al mundo (285). Este hecho, comenta Vallbona, retrotrae las figuras bíblicas de Lilith y Eva, quienes son responsables de la misma falta. La historia de Tonantzin, a quien los aztecas veneraban en el monte Tepeyac, ofrece un interés especial porque es precisamente en este sitio donde se construyó el templo dedicado a Nuestra Señora de Guadalupe. Ambas Tonantzin y Nuestra Señora parecen haber formado una suerte de binomio, Guadalupe/Tonantzin cuya imagen ha surgido con frecuencia en la literatura hispana del suroeste norteamericano. En su narrativa testimonial “Little Miracles-Kept Promises” (“Pequeños Milagros-Promesas cumplidas”<sup>3</sup>), Sandra Cisneros presenta a un personaje dirigiéndose a la Virgen de Guadalupe en los siguientes términos:

No sé cómo se resolvió todo. Cómo comprendí finalmente  
quién eres. Ya no la dulce María, sino nuestra madre  
Tonantzin. Tu iglesia construida en el sitio de su templo.  
Terreno sagrado no importa qué diosa lo reclame (128).

Vallbona desarrolla en detalle las consecuencias del advenimiento del cristianismo al Nuevo Mundo. Este hecho constituye otra

<sup>3</sup> Todas las traducciones son mías.

de las causas de la destrucción del paralelismo genérico de que disfrutaba la mujer indígena. “Las relaciones asimétricas entre los sexos” (280) se intensificaron con la creencia en un Dios único varón todopoderoso. Las mujeres entonces se vieron situadas en un plano inferior al de su compañero (280).

En cuanto a las prácticas religiosas de los aztecas, la escritora describe su doble herencia religiosa. Por un lado estaban las pacíficas enseñanzas de Quetzalcoatl a los toltecas, quien les recomendaba sacrificar sólo culebras y mariposas, y por otro lado estaba la tenebrosa presencia de Huitzilopochtli, dios de la guerra y por lo tanto belicoso y sanguinario, que requería innumerables sacrificios humanos para alimentar con sangre al sol (268). Del principio religioso de estos sacrificios “para mantener, según ellos, la vida del sol, [viene] la costumbre del canibalismo” (268).

Un aspecto de sumo interés relacionado con las supersticiones y otras prácticas religiosas de los aztecas son las equivalencias casuales de algunos de sus rituales con ritos del cristianismo u otras corrientes religiosas. En primer lugar, existía la costumbre de bañar a los recién nacidos soplando en el agua para purificarlos de “la suciedad que habían sacado de sus padres (357-359). Acto que remite, por supuesto, a la idea del bautismo y la necesidad de limpiar el pecado original. Del mismo modo, los recién nacidos de ambos sexos eran llevados al templo donde los sacerdotes les hacían pasar por un rito semejante a una circuncisión (363). Las similitudes continúan cuando se tiene noticia de un rito de confesión practicado entre los aztecas. Cuando requerían confesarse, su sacerdote consultaba el libro de las adivinanzas para saber el día más apropiado en que debía recibir la confidencia. Llegado el día, el penitente llegaba con un petate nuevo y copal para producir incienso y luego el sacerdote lo amonestaba para que evitara hacer el mal y se inclinara hacia el bien para poder recibir “el galardón del señor de las Alturas” (195). El fraile que inicialmente comenta esta práctica se admira y dice que esto “demuestra haber tenido esta gente noticia de la ley de Dios y del Sagrado Evangelio” (195) antes de la llegada de los españoles. Dicha idea remite a una creencia similar que sostienen algunas sectas de la religión cristiana. Existían también entre los indígenas otras prácticas que sorprenden por su coincidencia con principios del cristianismo. Vallbona concluye que “[n]o cabe duda que estas costumbres facilitaban a los indígenas la aceptación y adaptación de las prácticas cristianas por vía del sincretismo o asimilación” (191).

*Voces olvidadas de la mujer azteca. Su rescate en códices indígenas, crónicas y memoriales coloniales* es una obra de gran valor informativo y de lectura agradable. Sus revelaciones sorprenden, iluminan e intrigan. El caudal de conocimientos que contiene con respecto a la historia de la vida y las costumbres de las civilizaciones indígenas especialmente en cuanto atañe a la mujer, demuestra que no se puede llegar a comprender en verdad estas sociedades juzgándolas mediante parámetros occidentales.

Vallbona demuestra claramente que el advenimiento del patriarcado en estas sociedades ocurrió después de la conquista. Antes de la llegada de los españoles las indígenas se desenvolvían en un sistema social caracterizado por la presencia de un paralelismo genérico en el cual los hombres y las mujeres cumplían funciones equivalentes en valor y respeto.

Además de examinar el mundo de la mujer, Vallbona discute muchos otros aspectos fundamentales que inducen a comprender y apreciar mejor estas antiguas culturas. La lectura de esta obra es muy recomendable, tanto para especialistas como para aquellos que simplemente se interesan en conocer el pasado indígena de Latinoamérica.

CIDA S. CHASE  
*Oklahoma State Universit*

